

Mariano Picón Salas.

LOS ULTIMOS HOMBRES FEUDALES... (1)

EL carácter medioeval de la vida hispanoamericana en los tres siglos que trascurren entre el descubrimiento y la independencia política, se precisa—como en la Edad Media europea—por la posición de lucha entre elementos raciales y culturales distintos que precede a la formación de las nuevas sociedades, y por el posterior estado larvario en que ellas viven, hasta que va despuntando después del largo asiento en la tierra, la voluntad de poderío de la nueva clase criolla. En cuanto cambia de paisaje y entra en contacto con sociedades diferentes, esta Edad Media tiene sus peculiares formas autóctonas que varían de acuerdo con la raza, clima, espacio geográfico y mentalidad de los pueblos sometidos; pero por otra parte, el bronco español que hizo la conquista aparece en sitios tan distantes y antípodas como pueden serlo las Antillas y el Alto Perú con un relieve humano tan firme, que su aporte a la creación de las nuevas sociedades, asume a lo largo del Continente, una admirable analogía u homogeneidad.

Esta es la esperanza del multiforme paisaje hispanoamericano, del vasto mundo criollo que los españoles alcanzaron a formar con un sentido organicista que faltó a la expansión europea

(1) El presente ensayo de Mariano Picón Salas, inicia una serie de estudios de interpretación de la historia hispanoamericana, principalmente de la época colonial, que publicará «Atenea». El objeto de nuestro colaborador es precisar en el pasado el origen de algunas de las formas peculiares del alma criolla; así compara fenómenos del presente, con otros de nuestra lejana historia. Para Picón Salas la época colonial es un medioevo americano, un «estado larvario» en que puede fijarse ya, algunas de las características de nuestra futura alma colectiva.

Responden estos ensayos a la urgencia que ahora se advierte de fijar qué son, qué significan nuestros pueblos ante la historia, cómo hallar las bases para una política y una cultura que surja de nuestro propio destino y no se nos imponga como simple copia o imitación externa.

en otros continentes: la repartida Africa, la eterna factoría; el disperso semillero de Insulindia, el Asia impermeable e irreductible.

Sociológicamente interpretada la historia de América podría escalonarse hasta el alborear de la independencia política, en varias etapas que van indicando el grado de progreso y ocupación de la tierra, y las consecuencias que de ello derivan.

Un primer período agrupa los veintiocho años que transcurren, desde el primer viaje de Colón hasta la conquista de México por Hernán Cortés. En esos veintiocho años los españoles no han salido de las tierras calientes de las Antillas: su historia corresponde un poco a la del plantador europeo en la jungla ecuatorial, y la acción hispánica en aquellas tierras bárbaras, no tiene para la economía europea la importancia de la acción coetánea de los portugueses en el Asia. En 1520, se inicia con la empresa de Cortés, la verdadera conquista del Continente y el primer gran choque entre las formas del vivir indiano y la mentalidad española. El período que sigue es propiamente la conquista: el anhelante dilatar en un inmenso espacio geográfico del esfuerzo español; los racimos de hombres que se descuelgan por cordilleras y selvas y altiplanicies andinas, buscando las tierras del oro, los templos y palacios que una exaltada mitología, un insaciable apetito de maravillas, coloca cada vez más distantes. Ochenta años tiene la aventura española para recorrer el continente desde el Mississippi hasta el río de la Plata, desde la Puebla de los Angeles hasta el Tucumán. En los centros de dispersión, en las costas, en los templados valles cordilleranos o al amparo de las vetas metálicas se forman las ciudades que van desde la criolla Cartagena, calurosa, comercial y mortífera hasta el místico Quito, donde el indio pacífico de la cordillera se transformará en obrero manual y artesano, o el frío y agitado Potosí—California Andina, a cinco mil metros de altura, donde la codicia, el rápido subir y bajar de la fortuna y el clima inclemente golpeado por los vientos,—plasman una vida urbana accidentada y querellante, dividida en facciones hostiles, como las de las ciudades italianas del Medioevo.

En 1600 ya es la Colonia, amodorrada y formalista; el largo ensueño donde ha de formarse lenta y pesadamente la sociedad criolla.

Con nuestros ojos de hombres modernos, observamos ya a partir de la segunda mitad del siglo XVIII,—de la época de Carlos III,—la primera gran crisis de la adormecida sociedad nativa. Corresponden estos primeros movimientos, en países donde lo único que se movía era la tierra, a la formación de una

burguesía agraria que empezaba a exportar sus frutos merced a las reformas económicas realizadas por aquel soberano y al desarrollo de la agricultura en países hasta entonces insignificantes dentro de la economía colonial, como lo eran Venezuela, Argentina y Chile. Y observa el historiador que la trizadura del orden antiguo irrumpe con más vehemencia en estos países, como si la economía de la tierra en oposición a la nómada economía minera, despertara en ellos durante los últimos años del siglo XVIII, el sentimiento de la nacionalidad. Por eso en la guerra de Independencia, el Perú, país minero dentro de la economía colonial, sede de virreinato, más unido a España por la jerarquía y la pompa administrativa, reacciona más débilmente que aquellos países donde la tierra había asentado una clase criolla, anhelante de realizar su reivindicación burguesa. En lo espiritual estos movimientos precursores de la Independencia y de la aparición del alma criolla, se caracterizan por esa inquietud de viaje y conocimiento que llevan a Miranda, a Nariño y a Olavide a través de las cortes europeas, estudiando el movimiento político de aquellas naciones, sumándose a la corriente enciclopedista, afiliándose a sociedades secretas y núcleos de propaganda para las nuevas ideas.

Esta palabra que imaginamos tan moderna la «crisis del tiempo», la palabra que explica la inquietud y agitación de la juventud contemporánea, aparece ya, por ejemplo, en Manuel Rodríguez, el caudillo chileno, cuando llevado ante sus jueces españoles en 1813, quiere dar cuenta de la nerviosidad de su vida, de su permanente tensión subversiva (1).

Así un viaje al pasado, hasta lo profundo del alma hispanoamericana, debía llevarnos al través de ese proceso 1492-1520-1600-1750-1810—, que marcha desde la geografía fabulosa de Colón, pasando por la lucha contra el orden indígena que realizan Cortés y Pizarro, al definitivo asiento en la tierra conseguida por los hacendados del siglo XVIII y a la incorporación de la nueva burguesía criolla a la vida estatal, lograda en las guerras de Independencia.

El proceso posterior es la lucha de las otras clases sociales—proletariado de la ciudad y los campos, reivindicación de la clase mestiza,—para integrarse también en una nacionalidad y en un Estado, construido a beneficio de los terratenientes.

(1) Ver Ricardo A. Latcham. *Vida de Manuel Rodríguez*.

Como el sistema español venció en toda América al sistema indígena, justo es buscar en la España del siglo XVI, los antecedentes de nuestras primeras formas sociales. Mucha literatura altisonante ha dedicado la musa criolla en alabanza de los conquistadores. El frenético individualismo de éstos, explica su dispersión, la fuerza centrífuga de su itinerario, este ir y venir sin sosiego, tan diferente del tono burgués y de la concentración en el espacio, de los colonos de la América del Norte.

Si estas cualidades particulares las relacionamos con la raza y la etapa histórica que entonces vivía la nación conquistadora, tendremos ya explicadas las fallas de la conquista española; fallas sobre las cuales la Literatura del siglo pasado, acumuló tantos dicitos.

Podemos ya ver nuestro destino hispánico sin la ira y los prejuicios de los liberales de hace ochenta años, lectores de Buckle, crédulos ingenuos en la teoría del progreso, que hubieran deseado que nos conquistara Inglaterra y que como el gran Sarmiento—en un ofuscado instante—ofrecían a la imaginación criolla la pedagogía puritana y el libro ñoño del *Pilgrim's progress*.

El terrible drama de la historia española—y de ahí la explicación de nuestro inicial destino—, es haber entrado a la Edad Moderna, sin que sus órganos nacionales hubieran crecido y madurado para la nueva función histórica; función que a España se le impuso más por acontecimientos relacionados con su historia externa, que como irradiación de su propio y robusto poderío. Este ingreso de la feudal España en el agitado torbellino de la Edad Moderna, pudiera hallar una accesoria explicación en los matrimonios dinásticos, en la progenie, alianzas y herencias del magnífico casamentero, el mejor casamentero que conozca la historia que fué Maximiliano de Austria, y en la próspera fortuna que corrieron los tres barquichuelos de Cristóbal Colón.

Sólo a un país tan contradictorio como España debía tocarle en suerte equipar y armar a un no menos paradójico descubridor, como Colón. Para lanzarse a la mar tenebrosa, Colón que ya ha estado en Lisboa, elige el camino de Valladolid y Salamanca: es decir, penetra en la corte más de tierra adentro, en el paisaje más desnudamente terráqueo que existiera en Europa, que era la tierra y corte de la Reina de Castilla. Salir de Amberes o Venecia, las ciudades marítimas donde forzosamente estaba más adelantada la Cosmografía y donde las calles estrechas, las casas altas de los comerciantes, rezuman aire de mar, hubiera sido lo indicado para cualquier hombre prudente que no fuera

el visionario Almirante. Justamente en esas ciudades estaba madurando ya en las letras de cambio, de los comerciantes, en la astucia de los negocios y de la política, algunas de las formas matrices de la Edad Moderna. Dentro de la economía espacial de los banqueros flamencos o venecianos, estaba naturalmente la conquista de las rutas oceánicas. La labor posterior de Carlos V, fué enmendar este inicial error de Colón, pidiéndole a los judíos de Amberes y a los Welser y a los Fugger, el dinero que necesita para asegurar sus empresas ultramarinas. En Venecia o en Flandes los proyectos de Colón hubieran sido estudiados—como diríamos hoy—en una casa de comercio, por un grupo de «expertos» empresarios; en España se les lleva a una junta de teólogos. Y en el Tesorero Santágel, han querido ver algunos historiadores, un economista semita metido en la Corte de la Reina de Castilla.

Así estos dos hechos—Colón y Carlos V, precipitan a la España todavía medioeval del siglo XVI, a un teatro tan agitado y densamente europeo como la política y las guerras de la Casa de Austria, y disponen que un pueblo de pastores, soldados y labradores, se convierta en nación colonizadora.

Concebimos el asombro que el labriego o el pastor de Castilla, ese personaje que trabaja desde un pasado tan viejo como la tierra el duro suelo de la meseta, o sigue con sus ganados trashumantes la línea esquivada de las yerbas y las aguas, sentiría en esos días del siglo XVI que trastocaron su historia secular. El, desde una venta, en el camino amarillo que conduce a Valladolid, viera pasar las solemnes mulas de suntuosa caparazón en que viajaban los consejeros flamencos de Carlos V: hombres de otra raza, rubios y sensuales en quienes se esponja el lujo burgués de la Europa comercial del Norte; la idea del confort y del cuerpo satisfecho, tan ajena a la vieja España ascética, o bien oyerá hablar de las naves que llegaron a Sevilla, grávidas de los tesoros de las Indias.

Para el esfuerzo español se abren entonces inesperados caminos. Y el último cruzado, en una Edad en que triunfaban la astucia y la sutileza maquiavélica, las ingeniosas combinaciones del crédito, el avance de una economía ya sabia, el último cruzado, el soldado español, contempla la blanda y migajosa tierra de Lombardía, rica de cereales y de hombres; el bullicio de Nápoles, las puntiagudas casas de Amberes.

Para el europeo del tiempo doctrinado por Maquiavelo, que medía las frases con el agudísimo oído de Erasmo, el español parece ya algo anacrónico. «Nazione armigera», dicen los cautos italianos, cuando ven pasar los tercios de Gonzalo de Córdoba.

En esa Europa ya urbana parecía la última nación que sabía pelear. Europa la aprovecha como la terrible voluntad que pone en marcha las fuerzas nuevas de la Historia moderna; como el brazo que abre caminos para que circule el movido espíritu europeo, mientras que España misma—ciega a su destino,—se consume en pasajera pompa. Al valor español lo reemplazaría la diplomacia moderna; el oro y la plata que sus naves traen de América la acuñan y amonedan los judíos de Amsterdam y Amberes, el ágil juego de la Economía burguesa permanece desconocido para los enlutados hidalgos llenos de desdén.

Su propia alma como la tierra, como el clima continental de Castilla, está lleno de contrastes. Y en el mismo tiempo en que sus bandadas de hombres de presa escalaban los Andes, destruían los imperios indígenas, penetraban en la selva virgen, buscando más tierra y más espacio, surge una literatura mística transida de amor divino y renunciamiento. El soldado y el misionero, la vida activa y la vida contemplativa, se confunden y juntan en el alma del español. Y no hay escena más españolamente contradictoria, que cuando en Cajamarca junto al inca prisionero y los soldados de Pizarro que preguntan por el oro, el fraile Valverde abre su Biblia y empieza a explicar la fe.



Esta alianza típicamente medioeval de Guerra y Religión, es pues la fuerza hispánica de la conquista. En cada soldado suele haber un misionero y en cada misionero un soldado. El conquistador o el encomendero—cuando ya está viejo o palpó la vanidad del mundo, puede como en el caso de Rodrigo de los Bastidas o Bartolomé de las Casas, convertirse en fraile. Entonces llevará siempre consigo como Rodrigo de las Bastidas en las empresas de su vejez, un libro con los rezos y las meditaciones de la buena muerte y el rosario y la vela del alma, o como Bartolomé de las Casas inflamará su corazón de un misticismo social que ha de llevarlo a abominar de la esencia misma de la conquista.

En la vida colonial el fraile y el soldado se contraponen, y uno destruye lo que el otro edifica. La existencia se mueve en un dualismo que va de la codicia y los desenfrenados instintos del soldado, hasta el mundo teórico e ideal con que suele soñar el fraile.

Del soldado es el instinto nómade y el ánimo permanente de pelea. Andariego, arriesgado y absurdo, el soldado de la conquista pasará de Cuba a Panamá y de Panamá a Lima, a Po-

tosí o a Chile. Cuando ya la sociedad tiende a sedentarizarse como en El Cuzco y en Potosí, a fines del siglo XVI armará la guerra local: luchará si es vasco contra el anduluz, si es catalán contra el extremeño. El gusto de guerrear le sigue a través de la morosa colonia discutiendo por la jerarquía, por la pureza de sangre, convirtiendo la vida de las ciudades coloniales en lucha de bandas y de facciones. No se resigna a prescindir, aunque los tiempos parezcan de calma, del alarde fanfarrón de su valor e individualismo.

Un minucioso cronista de Potosí—Don Bartolomé Martínez y Vela—, uno de estos hombres que anotaban, día a día y año a año, los pequeños y enconados conflictos de la vida de su ciudad, nos da un cuadro del año de 1621, cuando Potosí es gran villa y una tregua de paz parece suceder a las agrias luchas de otrora. Pero he aquí que un día, para que nunca falte la nota belicosa, diez o doce hombres toman la determinación quijotesca de fortificarse—como en ciudad en guerra—en el «empedralillo» de la plaza. «Y el que venía a pasarlo—escribe el cronista—hallaba hombres que defendían el paso, y sacando el nuevo pasante la espada arremetía con todos; y si la suerte le ayudaba, pasaba a fuerza de su valor sin lesión alguna; y si no quedaba muerto, o por lo menos con muchas heridas; y éstos que pasaban sanos eran de los más aventajados en el valor» (1).

Corresponde al alma del soldado junto con la andanza y la pelea—transformada en quisquillosidad en los años pacíficos—, el espíritu destructivo que no se resigna a conservar ni producir riqueza, y para quien ésta es sólo una forma de ostentación o violento poderío. Donde su influencia parece más nociva es en la Economía, que el soldado español no creó, sino destruyó más bien en la América indígena. El bronco conquistador no concibe lo económico como suma y lenta conservación de fuerzas, sino con el ansia extractiva de botín, en que se expande su desatado individualismo. Al paciente trabajo colectivo de la Economía agraria de los imperios indígenas, el español opone su sed de oro, su violencia en la explotación.

Hay, naturalmente, entre los conquistadores el buen granjero andaluz, que como Sebastián de Benalcázar llega a la altiplanicie de Bogotá con su manada de puercos, y junta a la guerra la domesticidad, el amor de los animales y las legumbres. Pero en general, la riqueza se busca como un descubrimiento, como algo que ha de aparecer de improviso a la vuelta de un camino,

(1) V. «Anales de la Villa imperial de Potosí».—Archivo Boliviano. Documentos relativos a Bolivia.—París 1872.

en una peña de las cordilleras, internándose en una selva. Pensemos en esas trágicas expediciones que desde los ricos valles del Occidente de Venezuela marcharon a la busca del Dorado, al fabuloso país de los Omaguas; o la leyenda de la ciudad de los Césares en Argentina y Chile. Otra vez son las «huacas» indígenas, los sepulcros o altares llenos de oro, los que turban las fantasías del conquistador.

Esta leyenda del oro enterrado, de los tesoros sepultos, constituye desde la conquista uno de los motivos constantes de la imaginación hispanoamericana. Cuando ya no había «huacas» indígenas, botijos de greda con los tesoros de los indios, se buscó la riqueza que abandonaron los piratas en sus correrías; cuando no hubo piratas, los subterráneos donde escondieron los jesuitas sus extraños secretos. El buscador de entierros, el que tiene el plano de un tesoro oculto, el que interpreta la letra amarilla de un testamento de hace dos siglos, o sabe el conjuro para arrancar su secreto a los espíritus que custodian el fantástico botín, ya fué desde ese tiempo un personaje del folklore nativo. Este espíritu mítico se mezcla con la historia y explica, por ejemplo, el descubrimiento de un mineral precioso. La imaginación exaltada no puede concebir que todo ocurra naturalmente.

Ya es el gran Pachacamac, el viejo dios del sol andino, quien hablando un día con su hijo Huaina Capac—desde las altas cumbres como hablan siempre los dioses,—le revela los tesoros que guarda el cerro de Potosí, pero le ordena que no los toque porque están revervados a otros dueños. Transcurre el tiempo y ahora la tierra andina se agita con la llegada de los hombres blancos. «De suerte que no pudiendo la naturaleza tolerar aquella sinrazón—escribe un cronista—, los más se fueron a las remotas provincias, a vivir entre incógnitas naciones sin fe ni conocimiento del verdadero Dios. Otros se quitaban la vida con sus mismas manos; otros se remontaban de cincuenta en cincuenta, y de ciento en ciento, y se escondían en las quebradas y grutas de los montes, con sus mujeres e hijos y allí morían de hambre; otros quedaban con los españoles, hechos esclavos sin razón, ley ni caridad». Y un pobre indio acampa una tarde muy fría con su rebaño de llamas, al pie del gran cerro bermejo que llaman de Potosí. Pacen los animales de la rala yerba que llaman «hichu», y frotando su tosco pedernal quema el indio un poco de paja para calentarse. Viene ya la noche andina tan alta, fría y transparente. El indio se queda dormido. Despierta al radiar la mañana montañesa y descubre deslumbrado que el fuego había derretido el metal de la superficie que corría por los campos, en hebras de plata pura. Después sigue la historia

de lo que el indio Hualpa hizo para asegurar su tesoro de los voraces blancos: y las amenazas del gran dios Pachacamac, nunca fallidas, que castigan la codicia del indio. En el mito como en la realidad, siempre es el indio quien paga los cristales rotos.

Idea mítica y fabulosa de la riqueza y violencia extractiva, y por lo tanto, ruina de los medios de producción, se corresponden en la feudal mentalidad económica del conquistador. Si desdeña la Agricultura es porque ella es ocupación de hombres sedentarios y pacíficos que se estacan en un solo punto del horizonte. La explotación de las riquezas naturales asume así en la vida colonial, las características de un deporte bárbaro. El ejercicio brutal de una ganadería nómada forma en las pampas argentinas o en las llanuras de Venezuela, el laceador o el jinete, el héroe de la aparta y el rodeo, en quien sigue viviendo el alma osada del conquistador, y cuya gallardía varonil se fija en el combate sangriento contra las fieras. Cuando un navío va a llegar a las costas a surtirse del cuero o del sebo—únicos productos que interesan al ganadero criollo—, éste tiene oportunidad de exhibir su valor, en destructora justa salvaje. «Se dirigen en una tropa a caballo—escribe un cronista argentino—hacia los lugares en que saben se encuentran muchas bestias, y llegados a la campaña completamente cubierta, se dividen y empiezan a correr en medio de ellos, armados de un instrumento que consiste en un fierro cortante de forma de media luna, puesto a la punta de un asta, con el cual dan al toro un golpe en una pierna de atrás con tal destreza que le corta el nervio sobre la juntura; la pierna se encoge al instante, hasta que cae la bestia sin poderse enderezar más; entonces sigue a toda la carrera del caballo hiriendo otro toro o vaca, que apenas reciben el golpe, se imposibilitan para huir. De este modo, diez y ocho o veinte hombres solos, postran en una hora siete u ochocientas reses. Imaginaos que destrozo harán prosiguiendo esta operación un mes entero, y a veces más» (1).

Caballos al galope, perros cimarrones que van aullando a la siga de las bestias, la lanza del jinete, el alto lazo del peón, los zopilotes, buitres o zamuros que ya planean por el aire al olor de la sangre fresca, es el cuadro inaudito que presentan esas llanuras los días de rodeo. En tal ejercicio violento se formarán

(1) Cartas de los jesuitas Gervasoni y Cattaneo. Rev. de Buenos Aires, Tomo 8, 1865.

después los hombres de pecho duro que realizarán la Independencia y dominarán como una «estancia» la algazara democrática de los primeros días republicanos: es la recia escuela del venezolano Páez y del argentino Juan Manuel de Rozas. La campaña bárbara, de costumbres feroces, la campaña indomitable de peligrosa vida, junto a la ciudad quieta, eclesiástica y formalista, es ya desde entonces el eterno conflicto de la vida hispanoamericana. El hombre de la campaña destruirá lo que el hombre urbano realiza: y como en la Argentina del siglo pasado y el México y la Venezuela contemporánea, termina por prevalecer la voluntad rural, no quedándole al hombre urbano otro destino que amoldar sus fórmulas y aprendidos sistemas, al violento designio de aquella.

El coraje, el ímpetu destructivo, se lleva, pues, hasta la forma que le es más opuesta: la Economía. Quede para naciones más sedentarias un explotación más previsora de las riquezas naturales: el llanero de Venezuela sacrifica muchas reses porque con los cueros sin curtir hace su alfombra y cama, y el sebo del animal le proporciona lumbre. Su alimento es simple como su economía: el café puro y amargo, la carne volteada junto al asador, muchas veces sin sal, como los héroes de Homero. La leche y la mantequilla, productos de una ganadería pacífica y granjera, no le preocupan o los desdeña. Aun hoy conserva—como el soldado español que formó su economía—el mismo menosprecio por los objetos de cambio, guardando todo su celo para los instrumentos del mismo.

El hombre que destruyó sus ganados en un bárbaro rodeo, que rezó una oración mágica cuando las garrapatas cubrían sus rebaños, que ignoró voluntariamente toda zootecnia, todo medio de mejorar la raza y la producción, es el mismo que amarra en un pañuelo con nudos muy firmes o entierra en un cántaro, las monedas de oro.

Oro: el oro que relumbra como las armas, el oro nómada que no se fija nunca, es la Economía del soldado. Buscándole, abandona todo sitio seguro donde comenzaba a asentarse. Hay en los primeros años de la conquista de Venezuela un lugar tibio y deleitoso, cuyo nombre indígena debió pasar en la manufactura moderna, a un género de algodón que ha enriquecido a los ingleses. Llamábase ese lugar El Tocuyo y fué una de las primeras poblaciones que prosperaron en la Costa Firme. Dentro del peligro que es la vida de aquellos días, se vive con relativa placidez en la tierra tibia de El Tocuyo. Abundantes aguas, tierras henchidas de promesas y hasta una espinosa planta indígena, nativa de la región que produce un licor exquisito. Pa-

rece que al amparo de árboles centenarios, en una tierra sin obstáculos, florecerá pronto una ciudad indiana como esas que añoraría Rousseau dos siglos más tarde. Ya los indios cristianizados empiezan a vestirse con la «tela de El Tocuyo», que hilaron rudimentarios telares. Pero un día el próspero lugar se despuebla porque los hombres de El Tocuyo, parten a buscar la tierra de El Dorado. Un espantoso sueño errante los hace perderse en las llanuras selváticas, llenas de miasmas y podredumbre, en el corazón del continente, donde la desasosegada vegetación tropical va borrando e invadiendo todas las huellas. Odiseas sin Homero, hacia una lejana Cólquide continental, perdida en las selvas, cada día más lejana. Con el olfato de un perro, un soldado perdido,—sombra de hombre ya, prófugo del infierno—descubre un camino de regreso. Entonces se hará labrador; se casará con una india, cultivará algodón y añil, tendrá cuando viejo, una pacífica vara de regidor en el Cabildo de El Tocuyo. Los cronistas cuentan estas historias como esos ingenuos narradores de la Edad Media, que hicieron la cruzada y pelearon en regiones de infieles.

El reverso de la aventurera voluntad conquistadora, la otra cara del dualismo de la conquista, es el Derecho teórico y la ley ideal que quieren establecer en la tierra nueva, el letrado o el misionero. Infructuosamente contra el destino de codicia y pasión que la tierra impone, se yergue el sermón moral o los dictámenes sutiles del Letrado. Ello en la psique colonial deviene formalismo e hipocresía. Por lo mismo que la Ley suele estar fundada en razones de ética muy alta, surge sobre la jurisprudencia escrita una estructura de costumbres en que se tolera y disimula lo que la ley pena: la práctica del contrabando o la exacción brutal del encomendero. La nueva sociedad tiene dos vidas: la que se expresa en los cautelosos párrafos de la escribanía colonial llena de circunloquios y lentas expresiones, en la carta al Rey o a la Audiencia, en el acta notarial, y la que efectivamente ocurrió, liviana de instintos, en el trato y negocio de los hombres.

Por esa hendidura curialesca, por esa coraza formulista con que la época colonial suele vestirse, se han deslizado ingenuamente algunos historiadores de hechos externos, hasta dar de élla una visión lenta y bobalicona. Sabemos hoy con otros instrumentos de crítica histórica, qué de pasiones hervían, qué de instintos se mezclaban en esa vida aparentemente tranquila.

Y la Teología y el Conceptismo, las dos formas en que el alma colectiva se agazapa, no logran ocultar siempre la intemperancia de sus pasiones.

En una carta de Lope de Aguirre al Rey de España, se alza esta protesta del conquistador codicioso que reclama contra las golillas y las leyes del Letrado, su brutal derecho a la tierra. Es, como en toda conquista, un primitivo derecho de ocupación; la sanción jurídica de una verdadera lucha biológica. Lope de Aguirre no concibe que haya un orden abstracto que limite su vehemencia e individualismo. Alega al Rey como suprema privanza de conquistador, ser «un hombre lastimado y manco de sus miembros en tu servicio, cojo de la pierna derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Chuquina». Protesta de «éstos tus malos oidores y oficiales de tu real persona que por nuestros pecados quieren que doquiera que los topemos nos hinquemos de rodillas y los adoremos como a Nabucodonosor». Duélese de los frailes que «a ningún indio pobre quieren enterrar y están aposentados en los mejores repartimientos del Pirú». Allí los representantes del poder espiritual suelen olvidarlo «por que cada uno dellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas, y no muy viejas, y otros tantos muchachos que les van a pescar, a matar perdices y a traer frutas». En tanto los hombres corajudos y valientes como Lope de Aguirre son olvidados o perseguidos por las leyes. «Ay, ay, qué lástima tan grande que César y Emperador tu padre, conquistase con las fuerzas de España la superba Germania y gastase tanta moneda llevada destas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio, siquiera para matarnos la hambre un día».

La historia oficial nos cuenta los crímenes cometidos por Lope de Aguirre, que desde el alto Marañón en el Perú hasta la costa de Venezuela, a través de la inmensa selva ecuatorial, abre con sus «marañones» un terrible camino de rebelión y osadía. «Quemó pueblos e vino atalando e destruyendo la tierra y apregonó guerra contra Su magestad a fuego y sangre, trayendo banderas y estandartes pendidos contra Su Magestad como tirano», dice una información contemporánea (1).

Sin embargo, en la carta a Felipe II, hay un momento en que parece deseara cambiar esa tremenda vida errante, por un viejo sueño pacífico, y que él comprende irrealizable, de hombre bien comido. Recuerda él, el guerrillero, que en los alrededores

(1) V. para la carta citada y las empresas de Aguirre la obra de Emilio o Jos. *La expedición de Urzúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre.*

de la virreinal Lima hay una laguna rica de peces, que ya ha caído bajo la férula odiosa de la administración española. «Oidores y oficiales por aprovecharse del pescado, como lo hacen para sus regalos y vicios, la arriendan en tu nombre dándonos a entender como si fuésemos inhábiles, que es por tu voluntad. Si ello es así, déjanos Señor, pescar algún pescado siquiera, pues trabajamos en descubrirlo, porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos que es la cantidad porque se arrienda. Y pues, esclarecido Rey, no te pedimos mercedes en Córdoba, ni en Valladolid, ni en toda España que es tu patrimonio, duélete señor, de alimentar los pobres cansados en los frutos y réditos desta tierra, y mira Rey y Señor, que hay Dios para todos, y igual justicia, premio, paraíso e infierno».

Hombre feudal, la atormentada conciencia de Lope de Aguirre, busca para sus más turbias empresas la justificación de la fe. Si se rebela contra la Administración y las Leyes es porque en Las Indias sus promesas «merecen menos crédito que los libros de Martín Lutero», pero insiste al Soberano que se «halla bienaventurado de estar en estas partes de Indias, teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros y sin corrupción, como cristiano, manteniendo todo lo que predica la Santa Madre Iglesia de Roma, y pretendiendo aunque pecador, recibir martirio por los mandamientos de Dios».

¿Disimulo, hipocresía? Simplemente dualismo. El conflicto de un alma en quien el apetito de vida y de destrucción no se ordena todavía en un código de convivencia y limitación social, en quien el Cielo y el Infierno se entremezclan, y que como los barones feudales del Medioevo europeo es capaz de rezar y hacer penitencia, después que mató a todos sus enemigos.

En la Europa del tiempo empezaban a triunfar otros valores humanos: la política realista y calculadora de un Maquiavelo, la diplomacia velada y sagaz de las cortes, las estrategias del capitalismo naciente, más fría y más segura que el bello arrojo y las engalanadas guerras de la Edad Media. Pero estos abroquelados y famélicos hombres de España, parecen prolongar ya muy entrada la Edad Moderna, el bárbaro fervor, el consorcio guerrero y religioso de las Cruzadas. Su historia ultramarina se explica mejor que con el racionalismo renacentista, con la pasión medioeval.